

SECCIÓN DE NECROLOGÍAS

## LA BELLA DORITA: DE LA CALLE LAS LISAS EN CUEVAS A ESTRELLA DEL PARALELO

MANUEL LEÓN GONZÁLEZ  
*Periodista*

Quien le iba a decir a Diego García Rojas *el picón*, terrateniente de la plata de Almagre-ra que una nieta suya, hija de su hija Antonia, iba a ser el querubín más deseado por tres generaciones de tunantes, parranderos estudiantes, menestrales, acólitos del Paralelo y solterones burgueses llegados de provincia con ganas de olvidar la hacienda. María Yáñez encandiló, durante cuarenta años, a un público que se rindió a sus pies, desde que la vio surgir con sus ojos negros, su pelo enmarañado y su cintura de sílfide por entre los bastidores del *Pompeya*. Tenía 17 años, y atrás dejaba tres años de hambre viva en la calle de Las Lisas de Cuevas del Almanzora, por culpa de las inundaciones de las minas del *barranco Jaroso*.

Por eso le costó tanto volver a su pueblo, cuando en la década de los setenta, ya retirada de las bambalinas y convertida en leyenda viva del espectáculo, volvió por unos días a la terrera del Almanzora. Pisó de nuevo sus calles, a las mismas que juramentó que jamás regresaría. Del brazo de su madre recorrió San Antón, donde enredaba de mocosa con su prima Dolores. Se acordó de los Soleres, los patronos de su padre Ramón Yáñez, un comerciante natural de Huétor-Santillán, que penó en prisión por exponer sus ideas más de la cuenta. Y no regresó de nuevo a su ciudad adoptiva sin tocar antes la pila de mármol donde la bautizaron un domingo de primavera de 1.901 y sin hacer un donativo a la Parroquia para el nuevo camarín de la Virgen. Ella, la cabaretera del Molino, que tanta sotana escandalizó en los años del Nacional-Catolicismo, auxiliaba, con sus durillos amartillados a golpe de descaró, a sufragar el ajuar mariano.

Una mañana lluviosa de 1913, con el barro hasta los tobillos, la que fue en otro tiempo una de las familias más prósperas del valle, embaló todo su menaje en cuatro maletas de cartón y un baúl y acurrucados en un carromato tirado por dos mulas enfilaron el camino de levante rumbo

a Águilas, muelle desde donde embarcaron hacia Barcelona, la ciudad emparentada en aquella época con la tierra de promisión.

El pasaje familiar en el destartado falucho lo componían la madre de María, su abuela Margarita, un hermanastro de su madre y cinco hermanos, los supervivientes de una terna de once vástagos. Su padre quedó en el pueblo acosado por los enfrentamientos políticos y sindicales que principiaban a insinuarse bajo el reinado de Alfonso XIII. María, que había desayunado un cacho de pan negro, echó las papillas en el golfo de Valencia. Tras desembarcar en el puerto barcelonés, la familia se aposentó en la calle Planeta, donde compartían patio con muchos otros paisanos antecesores de los picones en el difícil trance de la diáspora. Con quince años, María se pone a trabajar en una tienda de juguetes ganando una peseta diaria y conoce a un salado mozalbete llamado Pepe que la enamora y con el que se escapa. Todavía con acné juvenil, María se convierte en una recién casada y pare a su único hijo Ra-



María Yáñez, "La bella Dorita" cuando cumplió los cien años